

al plan que jurara llevar adelante en todas sus partes, y quizás hubiera sido lo mejor, porque en un movimiento tan vasto y tan complicado, en una revolución en que se iban á aventurar la vida y los intereses, en un combate en que, como era muy posible, faltando aunque hubiera sido en una parte la prisión de los españoles, la guerra se habría empeñado desde luego, provocando la aparición de algunos jefes subalternos que de pronto no tendrían más guía que sus propias pasiones; nada habría sido más conveniente que la concentración del poder y la fuerza en una sola persona y más cuando en la de Allende concurrían las circunstancias que crean necesarias, por su valor personal por sus conocimientos militares, por sus muchas buenas re-

cia que tenga el pueblo de que Ud. sea de nuestro mismo modo de pensar, bastara para llenarlo de entusiasmo, *y que deponiendo algunos temores de que algunas veces se ve sobrecogido se revista del espíritu de energía que en las actuales circunstancias debe ocupar á todo americano.* — Dios guarde á Vd. muchos años como desea su afectísimo servidor: que su mano besa. — Miguel Hidalgo — Capitan general de América. — Sr. Coronel Dn. Narciso de la Canal.

Dice el manifiesto: Me veo en la triste necesidad de satisfacer á las gentes sobre un punto en que nunca creí se me pudiese tildar ni ménos declararse sospechoso pa. mis compatriotas. Hablo de la cosa más interesante, más sagrada y para mí más amable de la religion santa de la fé sobre natural que recibí en el bautismo. Os juro desde luego, amados conciudadanos míos, que jamás me he apartado ni un ápice de la creencia de la Santa Iglesia Católica: jamás he dudado de ninguna de sus verdades: siempre he estado íntimamente convencido de la infalibilidad de sus dogmas, y estoy pronto á derramar mi sangre en defensa de todos y cada uno de ellos. Testigos de



casa de las conspiraciones, la lapida indica el entresuelo donde tuvieron lugar las juntas.

laciones, por la rectitud de sus sentimientos, por la firmeza de su carácter, y en fin, por ser el único y verdadero autor de ese movimiento, de esa revolución y de ese combate, todo lo que le hubiera dado un prestigio, una autoridad y un poder que nadie en justicia le habría podido disputar; pero su natural condescendencia, su modestia, el deseo de lograr el mayor acierto en su empresa, ó tal vez porque así cuadrara á los designios inexcrutables de la providencia soberana, él dividió, ó más bien dicho, abdicó aquellos antecedentes que tanto lo engrandecían en favor de otro y esto en lo sucesivo cambió el orden de las cosas y por consiguiente, en gran parte su destino. Detengá-

esta protesta son los feligreses de Dolores, y de San Felipe á quienes continuamente explicaba las terribles penas que sufren los condenados en el infierno, á quienes procuraba inspirar horror á los vicios y amor á la virtud para que no quedaran envueltos en la desgraciada suerte de los que mueren en pecado: Testigos las gentes todas que me han tratado, los pueblos donde he vivido y el ejército todo que mando. Pero ¿para qué testigos sobre un hecho é imputacion que ella misma manifiesta su falsedad? Se me acusa de que niego la existencia del infierno y poco antes se me hace cargo de haber asentado que algún pontifice de los canonizados por santos está en el infierno, ¿cómo pues concordar que un pontifice está en él, negando la existencia de éste? se me imputa también de haber negado la autenticidad de los sagrados libros, y se me acusa de seguir los perversos dogmas de Lutero; si Lutero deduce sus errores de los libros que cree inspirados por Dios, ¿cómo el que niega esta inspiración sostendrá los suyos deducidos de los mismos libros que tiene por fabulosos? Del mismo modo son todas las acusaciones. ¿Os persuadiriais americanos que un tribunal tan respetable y cuyo instituto es el mas santo, se dejase arrastrar *del amor del paisan*.

Allende.—4.

monos unos momentos para explicar algo de este concepto reservando el resto para cuando fuere oportuno.

Había en esta ciudad por los años á que nos referimos, un sujeto que aunque de medianas proporciones logró captarse la estimación de ricos y pobres por su honradez y por la extensión de sus conocimientos en diversas materias, sin más estímulo que su genio, ni otros auxilios que los que le ministraba la lectura de sus libros; uno de esos hombres que más bien por su buen juicio que por un talento brillante, son útiles en las poblaciones donde viven, que ordinariamente lo pasan en el rincón de su casa meditando y arreglando en silencio los asuntos que se les encomienda, que así aconse-

ge, hasta prostituir su honor y su reputación? estad ciertos amados conciudadanos míos que si no hubiese emprendido libertar este reyno de los grandes males que lo oprimian y de los muchos mayores que le amenazaban y que por instantes iban á caer sobre él, jamás hubiera sido yo acusado de hereje. Todos mis delitos traen consigo su origen del deseo de vuestra felicidad: si este no me hubiese hecho tomar las armas, yo disfrutaria una vida dulce, suave y tranquila: yo pasaria por verdadero católico, como lo soy, y me li-songeo, de serlo: jamás habría habido quien se atreviese á denigrarme con la infame nota de heregia; ¿Pero de qué medio se habian de valer los españoles europeos, en cuyas opresoras manos estaba nuestra suerte? la empresa era demasiado árdua: *la nacion que tanto tiempo estuvo atargada, despierta repentinamente de su sueño á la dulce voz de la libertad: corren apresurados los pueblos y toman las armas para defenderla á toda costa.* Los opresores no tienen armas ni gente para obligarnos á seguir en la horrosa esclavitud á que nos tenían condenados. ¿Pues qué recurso les quedaba? valerse de toda especie de medios por injustos que sean, con tal

jan al herrero como al carpintero, al albañil como al arquitecto, al labrador como al hortelano, procurando siempre el adelanto ó perfección de la obra ó artefacto, que manejan caudales, y que sin embargo de todo esto, viven pobres, y inueren más pobres aún, sin más recompensa que el testimonio de su buena conciencia; este hombre á que nos ocupamos era D. Felipe González; pues bien, él disfrutaba de la amistad y de la confianza de Don Ignacio Allende, pertenecía, como hemos dicho, á las juntas en que comenzó á tratarse de la independencia y en una de ellas, jurado ya el plan y cuando parecían todos, si no satisfechos, de que menos conformes, dirigiéndose al mismo Allende, le dijo que su empresa, á pesar de las dificultades que el mismo había indicado en diversas ocasio-

que produjeran á sostener su despotismo y á la opresión de la América: abandonan hasta la última reliquia de honradez y hombría de bien, se prostituyen las autoridades mas recomendables, fulminan excomuniones, que nadie mejor que ellos saben no tienen fuerza alguna; procuran amedrentar á los incautos y aterrorizar á los ignorantes, para que espantados con el nombre de anatema, teman, donde no hay motivo de temer. ¿Quién creería amados conciudadanos que llegase hasta este punto el y atrevimiento de los gachupines! ¿profanar las cosas más sagradas para asegurar su intolerable dominacion? ¿valerse de la misma religion santa para abatirla y destruirla? ¿usar de excomuniones contra toda mente de la iglesia, fulminarlas sin que intervenga motivo de religion? Abrid los ojos, americanos, no os dejéis seducir de vuestros enemigos: ellos no son católicos sino por política, su dios es el dinero y las solo tienen por objeto la opresión ¿creeis acaso que no pueda ser verdadero católico, el que no esté sujeto al déspota español? ¿De dónde nos ha venido este nuevo dogma, es-

nes, era preciso que se realizara en razón de la bondad de sus fines; y porque era bastante que los pueblos se formaran una sola vez idea de la libertad aunque fuese de un modo imperfecto para que la sostuvieran hasta el último extremo; pero que era preciso también no olvidar nunca que los mexicanos en lo general, por su profunda ignorancia, por su apego á sus preocupaciones y por el fanatismo que era consiguiente á estos antecedentes, estando entendidos que el poder de los reyes venía inmediatamente de Dios y que alzarse contra aquéllos era lo mismo que revelarse contra la religión católica, á lo cual nunca se determinarían, sin embargo de que se les explicase la inmensa diferencia que había entre un punto y otro, le habían de presentar una grande resistencia, se debía de antemano allanar de algún modo

te nuevo artículo de fé? Abrid los ojos, vuelvo á decir, meditaad sobre vuestros verdaderos intereses: *de este precioso momento depende la felicidad ó la infelicidad de vuestros hijo y de vuestra numerosa posteridad. Son ciertamente incalculables, amados conciudadanos míos los males á que quedais espuestos, sino aprovechais este momento feliz que la divina providencia os ha puesto en las manos:* no escuchéis las seductoras voces de nuestros enemigos, que bajo el velo de la religión y de la amistad os quieren hacer víctimas de su insaciable codicia; ¿os persuadís, amados conciudadanos, que los gachupines hombres desnaturalizados que han roto los más estrechos vínculos de la sangre, ¿se estremaece la naturaleza! que abandonando á sus padres, á sus hermanos, á su mujeres, y á sus propios hijos, sean capaces de tener afectos de humanidad á otra persona? ¿podriais tener con ellos algun enlace superior á los que la misma naturaleza puso en las relaciones de su familia? no los atropellan todos por solo el interés de hacerse ri-

esta dificultad que parecía insuperable; que en su concepto Allende, al tiempo de dar el grito de libertad é independencia, debía asociarse con algún eclesiástico en quien concurrieran el saber, la experiencia y el prestigio para que sus persuasiones, apoyadas en el ejemplo, sirviese de garantía á sus compatriotas y lo siguieran no solo con entusiasmo, sino también con confianza, que era una de las condiciones más esenciales para el logro de la empresa. Allende, aunque de vasta comprensión, se deslumbró con un consejo que era tanto más útil cuanto era más positiva y profunda la verdad que encerraba, cerrando los ojos sobre la gran probabilidad que había de que un compañero de la clase que se le proponía así, podría venir á ser un elemento que doblase su poder, como para debilitarlo, pues debilidad, importan las

cos en la América? pues no creais que unos hombres en estos sentimientos puedan mantener amistad sincera con nosotros: siempre que se les presente el vil interés os sacrificarán con la misma frescura que han abandonado á sus propios padres.

Creís que al atravesar inmensos mares, esponeerse á la hambre, á la desnudez á los peligros de la vida, inseparables de la navegación, lo han emprendido por venir á hacernos felices? Os engañais americanos. ¿Abrazarian ellos ese cúmulo de trabajos por hacer dichosos á unos hombres que no conocen? El móvil de todas esas fatigas no es sino una sordida avaricia: ellos no han venido sino por despojarnos de nuestros bienes, por quitarnos nuestras tierras, por tenernos siempre avasallados, bajo sus pies. *Rompamos americanos esos lazos de ignominia con que nos han tenido ligados tanto tiempo;* para conseguirlo no necesitamos sino de unirnos. Si nosotros no peleamos en contra de nosotros mismos, la gue-

diferencias que surgen entre los directores de una empresa cualquiera que sea, y lo siguió, no sólo con prontitud sino también con entusiasmo, en lo que no influyó poco el concepto en que se tenía el expresado Don Felipe González.

Es regular que esto haya sucedido antes del mes de Mayo de 810, pero hasta entonces, como lo asegura el mismo Allende en su carta que dejamos inserta, no contaba aún con colaboradores que mereciesen su confianza: como quiera que sea, él se retiró de la junta manifestando que creía é propósito al Cura del Pueblo de Dolores, Don Miguel Hidalgo y Costilla, por concurrir en su persona muchas más de las cualidades que había indica-

—
 rra está concluida y *nuestros derechos á salvo*; unámonos pues todos los que hemos nacido en este dichoso suelo, veamos desde hoy como extranjeros y enemigos de nuestras prerrogativas á todos los que no son americanos. *Establezcamos un Congreso que se componga de representantes de todas las ciudades, villas, y lugares de este reyno*, que teniendo por objeto principal mantener nuestra santa religión, dicte leyes suaves benéficas y acomodadas á las circunstancias de cada pueblo: ellos entonces gobernarán con dulzura de padres, nos tratarán como á hermanos, desterrarán la pobreza moderando la devastación del reyno y la extracción de su dinero, fomentarán las artes, se avivará la industria, haremos uso libre de las riquísimas producciones de nuestros feraces países, y á la vuelta de pocos años disfrutarán sus habitantes de todas las delicias que el soberano autor de la naturaleza ha derramado sobre este vasto contingente.

También puede servir á nuestro propósito la contestación que Allende é Hidalgo dieron á Cruz en el Saltillo cuando se les invitaba por este gefe con el indulto. Ella queda copiada en el lugar correspondiente. que D. Lucas Alamán re-

do González, pues no sólo se contaba con su carácter de eclesiástico, sino con su representación de cura, con su reputación de sabio, con sus grandes relaciones en casi las dos provincias de Guanajuato y Michoacán y no menos con la vecindad de su persona, porque dicho pueblo de Dolores, hoy Villa de Hidalgo, no dista de esta ciudad más que nueve ó diez leguas, lo que facilitaba sus recíprocas entrevistas y prometiendo que lo vería á la mayor brevedad que le fuera posible. De ese modo y por tal causa intervino el cura Hidalgo en la guerra de independencia, que había de tener principio dentro de muy poco tiempo, más bien como un aborto lastimoso que como efecto de un plan que por ventura se había trazado con el mayor secreto

—
 conoció en ese documento antes que el de Hidalgo el espíritu de Allende, lo prueban las observaciones que hace en seguida, pues aunque en el estilo acre é injurioso que le era familiar en casos semejantes, dice... "Calleja estaba en San Luis y no podía dudarse que se disponía á salir en busca del enemigo á quien había batido en Calderon; y Allende á pesar de su jactancia de que en el primer encuentro le dejaría derrotado para siempre, sabía que no podía resistir á aquel ejército que estaba acostumbrado á vencerlo.. Allende en su amenaza no se refería seguramente á su persona sino á su causa, y como esta al fin triunfó resulta que sus palabras no fueron vanas. Pero que mas? el propio Calleja entendió desde el principio de la insurrección que el verdadero objeto de Allende é Hidalgo fue la independencia del país. En su manifiesto fha. 2 de sbre. (1810) decía al hablar de aquellos generales y sus tropas..... no hay mas que destruir antes esas cuadrillas de reveldes que trabajan en favor de Bonaparte y que con la máscara de la religión y de la independencia solo tratan de apoderarse de los bienes de sus conciudadanos. &

y sosiego. Pero no anticipemos los sucesos.

Allende, conforme á su promesa partió al día siguiente para Dolores, y sin rodeos manifestó á Hidalgo el objeto de su visita, así como sus deseos iguales á los de todos sus compañeros en San Miguel para que no solo perteneciera á la junta como uno de tantos, sino para que llegada la vez, se presentara en la escena como uno de los principales caudillos. Debemos decir, en obsequio de la verdad, y para honor de aquel respetable párroco, que aunque de pronto se excusó por su edad, que era entonces de poco más de sesenta años, por su carácter sacerdotal y por su convicción acerca de tales revoluciones, que hemos manifestado ya, se prestó á las insinuaciones de Allende y que en prueba de su adhesión, lo acompañó en su regreso á esta ciudad, en la que se detuvo unos pocos días, alojándose en la propia casa de Don José Allende, con cuya familia tenía ya relaciones de amistad muy de antemano. Grande fué la satisfacción de Don Ignacio y de todos los concurrentes á las juntas, desde que se presentó en ellas el Cura Hidalgo y aprobó el plan que se había formado, si bien también desde entonces comenzó á disminuir el número de dichos concurrentes, quizá porque una buena parte de ellos hubiese salido con algunas comisiones, y á ser menos retardadas y más misteriosas las juntas, por lo que eran más frecuentes las venidas de Hidalgo y más larga su permanen-

cia en esta ciudad. Así, y sin que ocurriera cosa alguna digna de especial reminiscencia, pasaba el tiempo en espera del mes de Diciembre de 1810, en el que, como hemos dicho, debía sonar en la nación por primera vez el nombre de libertad; pero he aquí que quizá cuando menos se temía y cuando más esperanzas fueran las esperanzas de alcanzar un buen éxito, fué revelado el plan de independencia en Querétaro y y por consiguiente, fué menester desarrollarlo de otra manera.

Bien sabemos, porque lo hemos leído, que los historiadores, menos Don Lorenzo Zavala, que apenas lo menciona, cuentan este triste y vergonzoso suceso de muy distinto modo, que vamos á hacerlo nosotros, pues entran, particularmente Don Lucas Alamán, en varios pormenores y complicando en él á varias personas, cuales son Galván, Arias, un español y otros cuyos nombres no recordamos y en verdad, que tanto por los datos á que se refieren como por la facilidad de copiarlos en esta parte nos sería conveniente relatarlo con sus propios términos, pero nos guardaremos de ello así, porque en lo sustancial viene á ser el mismo cuanto por ser consecuentes con nuestro propósito de consignar en estas cortas líneas sólo lo que se dijo y supo en esta ciudad, no ya en estos días, sino muy reciente el suceso.

Se aseguró, pues, que un tal Buenaventura Armijo, sargento del regimiento de dragones, de dicha ciudad de Querétaro, y que estaba iniciado en

el secreto del plan de independencia, habiendo matado en una riña á un paisano y sido condenado por este delito á la última pena, ofreció al fiscal de su causa que como se le perdonara la vida, revelaría una cosa muy importante para todos los españoles, lo que le fué otorgado y que, en consecuencia, dijo cuanto sabía en orden á dicho plan; sin afirmar ni menos desmentir aquella ni estas especies, debemos decir que sabida oportunamente por Doña Josefa Ortiz, esposa del Corregidor de Querétaro, Don Miguel Domínguez, la delación que se había hecho lo comunicó inmediatamente á Don Ignacio Allende, que á la sazón se hallaba en esta ciudad, y con quien mantenía relaciones referentes á la independencia que se proyectaba y que por esta causa pudieron Allende, Aldama y demás denunciados substraerse de la prisión que se les preparaba, á cuyo efecto se libraron las órdenes correspondientes por la Comandancia de Querétaro, al Mayor del Regimiento de la reina de esta ciudad, y aun vino también con ese objeto, aunque un poco tarde, un oficial con algunos soldados. Esto pasaba en Querétaro, del diez al quince de Septiembre de dicho año de mil ochocientos diez, pero no siendo tampoco nuestro ánimo referir sino lo que acaeció en esta ciudad, pues lo demás pertenece ya al cuerpo de historia, únicamente debemos decir que fueron dos los comisionados de la señora Ortiz para que le trajesen á Allende el propio día quince la pe-

queña esquila en que le participaba el peligro que corría, Francisco Lojero y Francisco Anaya, que no llegó aquí á buena hora, porque detenido en la hacienda de Jalpa con motivo de un co-leadero que había en ella y á cuya diversión era muy afecto, continuó su camino hasta el día siguiente.

Apenas Don Ignacio se impuso de los sucesos de Querétaro, creyó oportuno ponerlos en conocimiento del Cura Hidalgo, ya fuese por libertarlo del riesgo que él también corría, ya por conferenciar con él sobre el partido que debieran tomar y á este fin buscó á Don Juan Aldama, que estaba de visita en casa de las Sras. Cabezas-de-baca y ambos, con sólo sus asistentes y con la reserva y precauciones que son de suponerse, se dirigieron al pueblo de Dolores, habiendo salido de aquí á eso de las cinco de la tarde, pues hasta las cuatro de la misma llegó Lojero, no habiendo podido verificarlo antes como lo deseaba y conforme al encargo que con encarecimiento se le había hecho por habersele cansado su caballo y tener que hacer á pie una buena parte del camino.

Daban las nueve de la noche en el reloj público cuando agitada la cabeza por diversos pensamientos y movido el corazón por encontrados afectos á paso apresurado y casi á galope, entraban al pueblo de Dolores los dos capitanes, Don Ignacio Allende y Don Juan Aldama. El cura no estaba en su casa, pues como tenía de costumbre, había salido desde temprano, pero Allende le mandó un recado encargan-

do se le dijese que dos oficiales sanmiguelenses lo buscaban y que deseaban hablarle con prontitud, porque su negocio era urgente. Hidalgo vino y ambos, Allende y Aldama, manifestándole el papel de la señora Dominguez, le informaron del estado que guardaban las cosas. Quizá nunca se habría sabido lo que pasó en aquella reunión, si no la más imponente, sí la más importante y solemne que en la nación haya habido hasta ahora, puesto que no había los elementos necesarios para levantar una acta que, como las que se usan en estos tiempos, nos lo revelara; pero por fortuna existe, y existe en esta ciudad don Manuel María Malo, hermano menor de Don Luis, que hemos mencionado y confirma la tradición que ya de antemano teníamos asegurándonos que él mismo se los oyó decir en la casa de la hacienda de la Erre, á Allende, á Hidalgo y á Aldama. Dicese que el cura oyó casi con indiferencia la noticia y que les preguntó á los dos capitanes qué era lo que en su concepto debía hacerse; que Allende, porque Aldama seguía siempre su opinión, le contestó que sería conveniente citar á los demás comprometidos en Dolores, que lo eran Don Mariano Abasolo, Don Mariano Hidalgo, hermano del cura; Don Mariano Montemayor, Don Mariano Ferrer, Br. Don Mariano Balleza, Don José Ma. de los Santos, conocido en aquel lugar por sólo el nombre de Pepe Santos; Don Crescencio Rivas-cacho, Don José María Aguirre, Don José de la Luz Gutiérrez, y un tal Oropeza, se les hiciera saber lo que había pasado

y se les consultara su pensamiento, que era el de que se dirigieran seis ú ocho ó los más que se pudieran solos y por distinto camino, uno á México, otro á Guadalajara, otro á Guanajuato, otro á Querétaro, otro á San Luis Potosí, etc. etc., y de acuerdo con los jefes de las juntas diera el grito de independencia, pues lo que deseaba era que alguno lo diese, fuese en ese punto ó en aquel, y fuera también cual fuere el éxito en lo personal; que Hidalgo, invitándolos entretanto á cenar, lo cual en efecto hicieron, dijo que debía ser más ejecutivo el paso en atención á que cuando llegaran los comisionados á las poblaciones referidas ya todos habían de estar sobrecogidos con la prisión de los queretanos y que quizá no se pudiera contar ya ni aun con los que estaban antes por la independencia; que Allende, entonces, dejando el asiento, se paró en frente del cura, que continuaba con su propia calma, y poniendo la mano sobre el puño de su espada, le dijo con voz fuerte y algo alterada: "¡Pues bien, Sr. Cura, echémosles el lazo seguro de que ningún poder humano podrá ya quitárselos!" que aguardó la respuesta é Hidalgo se la dió en estos términos: "Lo he pensado bien, y veo que en efecto, no nos queda otro arbitrio que el de coger gachupines, por lo que acabaremos de cenar y daremos principio!" que convenidos así, mandaron llamar á Don Mariano Hidalgo y á Pepe Santos, que vivía también en la propia casa, por ser el músico mayor del cura y con los dos asistentes y

t. es ó cuatro mozos de Hidalgo, salieron todos á pie á la casa de los españoles á eso de las once, comenzando la aprehensión por Don Nicolás Fernández del Rincón, subdelegado de aquel pueblo, manifestándoles lo mismo que sucesivamente á los demás, que así convenía al interés de la patria, como lo verían después, y que en el entretanto no tuvieron cuidado ni por su persona, ni por su familia, ni por sus intereses.

De este modo se le dió principio á la empresa más grande y más atrevida que haya podido imaginarse, pues no podrá presentar una igual la historia, y que es muy probable acaso no tendrá ya imitadores, vista la representación de las personas y pesando con imparcialidad las circunstancias, ¡cómo, dos capitanes, un anciano eclesiástico, un músico, dos soldados semipaisanos y tres ó cuatro mozos de espuela, se resuelven á dar la voz de independencia y libertad para México!; está México, como hemos dicho antes, tan sujeta al gobierno español, tan absoluta como desgraciadamente suya, ¡oh! si la generación presente, como casi contemporánea de aquel suceso y los mismos españoles, á pesar de su total derrota, no lo testificaran unánimemente, el mundo entero y la posteridad lo rechazarían sin duda, como una fábula absurda, como un cuento inverosímil! ¿Dónde estaban los ejércitos que debía tener Allende y sus compañeros para apoyar y fundar en ellos sus esperanzas y sus triunfos? ¿Dónde los caudales necesarios para sostener esos

mismos ejércitos? ¿Dónde los generales con cuya alianza podían contar? ¿Dónde el prestigio y la preponderancia que dan las hazañas famosas y un nombre conocido de antemano? Nada de esto, porque, como hemos visto, no tenían más antecedentes que su valor, más recursos que su genio, más armas que la uniformidad de su pensamiento, ni más alianza que su patriotismo y su viva fe en el porvenir. Y, sin embargo, uno de esos historiadores que dejamos citado arriba, Don Lucas Alamán, tan célebre por su elevada inteligencia y tan apropiado para escribir la historia de esa revolución y aun la de la República, en lo general, como lo manifiestan desde luego su método, la claridad y sencillez de su estilo, la variedad de sus conocimientos topográficos y políticos, etc. etc., afectando olvidar la situación humillante y vergonzosa en que se hallaba México bajo el gobierno español, pues como también lo hemos dicho en otra parte, para el español era siempre el mando y para el criollo la servidumbre y la sumisión; para el español siempre las riquezas y las comodidades, que le son consiguiertes, y siempre para el criollo la indigencia y las penurias que la acompañan; para el español siempre la impunidad, aun en los más graves crímenes, para el criollo siempre el castigo, aun por las faltas más insignificantes; por parte del español siempre el despotismo, por parte del criollo siempre el sufrimiento, siempre, en fin, el español con la voz levantada y siempre el

criollo en el más abyecto y triste silencio, situación de que era imposible salir, sin un rompimiento, fuese entonces ó fuese después, pero sería candor de niño y niño simple, esperar que llegara un tiempo en que la España emancipara voluntariamente á las que fueron sus colonias, de donde por medio de su inmensa riqueza sacaba la mayor parte de su poder y su fuerza; desconociendo ó afectando también desconocer que si bajo cualquier aspecto que se considere, no puede haber mayor maldad que la de reducir á una nación á la esclavitud y por consiguiente, á la más vil ignorancia, tampoco puede haber mayor gloria que la de destruir esa misma esclavitud é ignorancia, porque como decia Plutarco, lo que cede en el más grande elogio de los hombres es el odio á los tiranos; desnudándose digámoslo así, de sus sentimientos de mexicano y con una parcialidad indigna de su talento, habla de aquel grandioso movimiento en los términos que siguen:

“Heme detenido de propósito en contar menudamente todos los pormenores de la conspiración de Querétaro y del principio de la revolución que á consecuencia de aquélla comenzó el cura Hidalgo, sin omitir ni aun algunas circunstancias que podrán parecer triviales é insignificantes, porque éstos hechos no han sido referidos hasta ahora con verdad y exactitud, antes bien, ha habido empeño particular en desfigurarlos de tal manera, que han resultado inconocibles.... A esta alteración de la historia se debe, sin du-

da, el que la República mexicana haya escogido para su fiesta nacional el aniversario de un día que vió cometer tantos crímenes y que data el principio de su existencia como nación de una revolución que reprueba la religión, la moral fundada en ella, la buena fe, base de la sociedad, y las leyes, que establecen las relaciones necesarias en los individuos en toda asociación política. El Congreso, consagrado con la solemnidad de la función del 16 de Septiembre, la infracción de estos principios, ha presentado á la nación como modelo plausible lo que no debe ser sino objeto de horror, y de reprobación, y ofreciendo como heroicidad el ejemplar de esta revolución, ha abierto la puerta y estimulado á que se sigan tantas y tantas de la misma naturaleza que con ellas se ha llegado al punto de extinguir toda idea de honor, de providad y de obediencia, haciendo imposible la existencia de ningún gobierno ni el ejercicio de ninguna autoridad.”

Verdad es que Don Lucas Alamán, para justificar de algún modo estos sus conceptos, cuenta que al verificarse la aprehensión de los españoles, fueron puestos en libertad los presos que había en la cárcel del pueblo de Dolores, saqueadas las casas de los españoles, y montados éstos al conducirlos á esta ciudad, como si fueran criminales de la más baja ralea, pero dígame de buena fe, en un caso tan angustiado, es decir, esperando por momentos que llegase una partida enemiga para aprehenderlos, ¿podían